

Mitología Greco-Romana

Convocatoria Ordinaria 27-06-2008

Tema

El origen del hombre. ¿Cómo lo concibieron los griegos? ¿Por qué aparece Pandora y qué función cumple?

Comentario

Lee los textos copiados a continuación y haz el siguiente comentario:

- a) ¿Puedes recomponer con estos textos el “ciclo Tebano”? ¿Qué fuentes necesitarías consultar si crees que falta algo?
- b) ¿Cómo se complementan estas tres fuentes? ¿Qué crees que aporta cada una?
- c) ¿Se hace referencia, por mínima que sea, a otros mitos, además del “estricto ciclo Tebano”? Con los textos aquí seleccionados, ¿se puede conocer parte del código de valores con que vivían los griegos?
- d) ¿Qué valor tienen las distintas fuentes para recomponer, redactar y comprender el mito? ¿Por qué recurren a él Esquilo y Sófocles?

Textos

Primer Texto

Cuando el muchacho creció, como aventajara en fuerza a sus compañeros, por envidia lo tildaron de espurio. Edipo interrogó a Peribea y, al no quedar satisfecho, fue a Delfos a preguntar por sus verdaderos padres. El Dios le dijo que no regresara a su patria, pues de lo contrario habría de matar a su padre y yacer con su madre. Al oír esto Edipo, creyendo ser hijo de quienes se decían sus padres, se alejó de Corinto; cuando en su carro atravesaba Fócide, en un camino estrecho se encontró con Layo, que iba también en un carro. Polifontes, palafrenero de Layo, le ordenó dejar libre el camino y, ante su desobediencia y dilación, mató a uno de sus caballos. Edipo, indignado, dio muerte a Polifontes y a Layo, y se dirigió a Tebas. Layo fue sepultado por Damasítrato, rey de Platea, y Creonte, hijo de Meneceo, ocupó el trono. Durante su reinado una gran calamidad cayó sobre Tebas, pues Hera envió a la Esfinge, hija de Equidna y Tifón; tenía rostro de mujer, pecho, patas y cola de león, y alas de pájaro. Había aprendido de las Musas un enigma, y, situada en el monte Ficio, se lo planteaba a los tebanos. El enigma era éste: “¿qué ser provisto de voz es de cuatro patas, de dos y de tres?”. Según un Oráculo, los tebanos se librarían de la Esfinge cuando resolvieran el enigma; por ello a menudo se reunían tratando de hallar la respuesta, y como no la encontraban, la Esfinge se apoderaba de uno de ellos y lo engullía. Habían perecido ya muchos, y el último, Hemón, hijo de Creonte. Cuando éste pregonó que otorgaría el reino y la esposa de Layo a quien descifrara el enigma, Edipo, habiéndolo oído, encontró la solución y dijo que el enigma propuesto por la Esfinge se refería al hombre, que de niño es cuadrúpedo, pues anda a gatas, en la madurez bípedo y en la vejez usa como tercer sostén el bastón. Entonces la Esfinge se arrojó desde la acrópolis y Edipo obtuvo el reino y se casó con su madre sin reconocerla. Engendró hijos: Polinices y Eteocles, e hijas: Ismene y Antígona; algunos dicen que los tuvo de Euriganía, hija de Hiperfante. Más tarde, al descubrirse el secreto, Yocasta se ahorcó; Edipo se arrancó los ojos y, desterrado de Tebas, maldijo a sus hijos que presenciaban su expulsión sin defenderlo. Con Antígona llegó a Colono, en el Ática, donde está el recinto sagrado de las Euménides, se sentó allí como suplicante y, acogido por Teseo, murió poco después.

APOLODORO DE ATENAS, «Biblioteca Mitológica», Libro III.

Segundo Texto

Espía

- Diré, en fin, el que viene sobre la séptima puerta: es tu propio hermano. ¡Qué de maldiciones echa contra la ciudad, y qué desdichas le promete! Que en asaltando nuestras torres, luego que se haga proclamar en la comarca a voz de pregón, y que entone el triunfal peán, celebrador de nuestra ruina, que correrá a encontrarse contigo; y que, o te matará, aunque muera sobre tu mismo cuerpo, o que, si vives, que se ha de vengar de ti con un deshonoroso destierro como aquel con que tú le afrentaste. Tales amenazas lanza a voces el arrebatado Polinice, e invoca a los dioses gentilicios de la tierra patria porque miren a sus súplicas. Y tiene un escudo recién forjado, de hermosa hechura, encima del cual lleva un doble emblema esculpido con todo arte. Es una mujer que va guiando, grave y serena, a un hombre hecho de oro, al parecer soldado, la cual dice, al tenor de la leyenda: “yo soy la Justicia, y volveré del destierro a este hombre, y tendrá la ciudad patria, y la posesión de la casa de sus padres”. Esto es lo que trazan nuestros enemigos. Tú ahora ve a quién piensas despachar contra Polinice. Porque jamás tendrás que reprender a este hombre por sus noticias; pero tú solo eres quien ha de entender de regir la nave de la ciudad.

Eteocles

- ¡Oh raza mía de Edipo, digna de llanto, por los dioses enloquecida y por los dioses grandemente odiada! ¡Ay de mí, que al fin se cumplen hoy las maldiciones de padre! Mas no es hora esta de llorar y dolerse; no salgan de aquí más insoportables lamentos. Polinice, merecedor del nombre que tienes, yo te digo que pronto veremos cómo se cumplen tus emblemas y si las letras de oro del escudo, tan vanas como tu orgullo necio, te restituyen en la ciudad. Porque si la Justicia, esa virgen hija de Zeus, acompañase tus obras y pensamientos, por ventura pudiera suceder así. Pero ni cuando saliste del oscuro seno de tu madre, ni en la niñez, ni en la mocedad, ni al cerrar de barba, nunca jamás te creyó digno ni de mirarte. Y no pienso que ha de ponerse de tu lado para oprimir a la patria; que no haría verdadero su nombre, sino antes falsísimo, si asistiese a quien por condición está pronto a toda mala obra. En esta confianza, yo iré a encontrarme con él; yo mismo. ¿Y qué otro con más justicia que yo? Yo iré contra él; príncipe contra príncipe; hermano contra hermano; enemigo contra enemigo. Trae cuanto antes los botines de campaña, la lanza y el escudo para las piedras. (Véase el Espía.)

Coro

- ¡Oh Eteocles, para mí el más querido de los hombres! ¡Oh hijo de Edipo; no quieras hacerte semejante en condición a quien tan feamente has denostado! Que argivos y cadmeos vengán a las manos; baste con esto. Sangre es que puede expiarse. ¡Pero la muerte de dos hermanos así, suicida!... No hay vejez para tal mancha.

Eteocles

- Cualquier mal que me aviniere, como sea sin ignominia, venga en buen hora; que en la muerte está el único bien. Mas no dirás que hay gloria en lo que sobre desdicha es vergüenza.

Coro

- ¿Y aún lo intentas, hijo? No te arrastre esa funesta y loca ansia de pelea que llena tu alma. Desecha de ti ese primer impulso de una mala pasión.

Eteocles

- Pues que el cielo da prisa por el desenlace, láncese viento en popa a las ondas del Cocito, que son su herencia, toda esta raza de Layo, aborrecida de Febo.

ESQUILO, «*Los siete sobre Tebas*».

Tercer Texto

Antígona

- ¿Oh compañera cabecita de mi propia hermana Ismena? ¿No sabes que de las maldiciones de Edipo no quedará ninguna a la cual Júpiter no dé cumplimiento en vida nuestra? Porque nada hay más doloroso, ni ominoso, ni torpe, ni deshonoroso que no haya visto yo en tus desgracias y en las mías. Y ahora, ¿cuál es ese nuevo pregón que dicen ha publicado por toda la ciudad el reciente jefe?, ¿estás enterada de algo que hayas oído? ¿O ignoras los males que los enemigos han dispuesto contra los nuestros?

Ismena

- A mí, Antígona, ninguna noticia referente a nuestros amigos, ni agradable ni dolorosa, ha llegado desde que perdimos a nuestro dos hermanos, que en un mismo día se mataron uno a otro. Y desde que el ejército de los argivos se ha marchado en esta misma noche, nada sé que pueda hacerme más feliz o desgraciada.

Antígona

- Bien lo sabía; y por eso te he hecho salir fuera de palacio, para que tú sola me escuches.

Ismena

- ¿Qué hay? Pues manifiestas inquietud por decir algo.

Antígona

- ¿Pues no ha dispuesto Creonte que, de nuestros dos hermanos, se le hagan a uno las honras fúnebres y se deje al otro insepulto? A Eteocles, según dicen, en cumplimiento de la ley divina y humana, sepultó en tierra para que obtenga todos los honores, allá abajo, entre los muertos. Y respecto del cadáver de Polinices, que miserablemente ha muerto, dicen que ha publicado un bando para que ningún ciudadano lo entierre ni llore, sino que insepulto y sin los honores del llanto, lo dejen para sabrosa presa de las aves que se abalancen a devorarlo. Ese bando dicen que el bueno de Creonte ha hecho pregonar por ti y para mí, quiero decir que por mí; y que vendrá aquí para anunciar en voz alta esa orden a los que no la conozcan; y que la cosa se ha de tomar no de cualquier manera, porque quien se atreva a hacer algo de lo que prohíbe, se expone a morir lapidado por el pueblo. Ya sabes lo que hay, y pronto podrás demostrar si eres de sangre noble o un cobarde que desdice de la nobleza de sus padres.

Ismena

- Y qué, ¡oh desdichada!, si las cosas están así, ¿podré remediar yo, tanto si obedezco como si acato esas órdenes?

Antígona

- Si me acompañarás y me ayudarás, es lo que has de pensar.

Ismena

- ¿En qué empresa? ¿Qué es lo que piensas?

Antígona

- Sí, vendrás conmigo a levantar el cadáver.

Ismena

- ¿Piensas sepultarlo, a pesar de haberlo prohibido a toda la ciudad?

Antígona

- A mi hermano, y no al tuyo, si tú no quieres, pues nunca dirán de mí que lo he abandonado.

Ismena

- ¡Oh desdichada! ¿Habiéndolo prohibido Creonte?

Antígona

- Ningún derecho tiene a privarme de los míos.

Ismena

- ¡Ay de mí! Reflexiona, hermana, que nuestro padre murió aborrecido e infamado, después que, por los pecados que en sí mismo había descubierto, se arrancó los ojos él mismo con su propia mano. También su madre y su mujer –nombres que se contradicen– con un lazo de trenza se quitó la vida. Y como tercera desgracias, nuestros dos hermanos en un mismo día se degüellan los desdichados, dándose muerte uno a otro con sus propias manos. Y ahora, que solas quedamos nosotras dos, considera de qué manera más infame moriremos si con desprecio de la ley desobedecemos la orden y autoridad del tirano. Pues preciso es pensar ante todo que somos mujeres, para no querer luchar contra los hombres; y luego, que estamos bajo la autoridad de los superiores, para obedecer estas órdenes y otras más severas. Lo que es yo, rogando a los que están bajo tierra que me tengan indulgencia, como que cedo contra mi voluntad, obedeceré a los que están en el poder; porque el querer hace más de lo que uno puede, no es cosa razonable.

SÓFOCLES, «*Antígona*».